

»—Pues bien, señor—prosiguió Casilda, amedrentada,—venía á decir á usted que esta pobrecita niña no tiene ropa.

»—¿Y á mí qué me dice usted de eso?

»—¡Ay, Dios! ¿Pues á quién lo debo decir?

»—Á mi administrador que le dé á usted para hacerla un vestido: uno solo, ¿estamos?

»—Pero, señor, ¡uno solo es muy poco!

»—Pues no doy para más; para este monstruo basta con eso.

»—¡Pero, señor!...

»—¡Ea, basta! ¡Salga usted de aquí! No puedo soportar por más tiempo su charla insufrible.

»—¡Pero, señor, esta niña es de usted como los otros!—gritó Casilda, que había llegado al último grado de la exasperación.—¡Es una inhumanidad el dejarla en semejante abandono, sólo porque no es hermosa como los otros!

»—¡Salga usted al instante de mi casa!—exclamó mi padre;—al instante!

»—¡Santo Dios! ¿Será posible que usted me despida, señor?—dijo Casilda.

»—Es muy posible, puesto que la despido á usted.

»—¡Perdón, señor; me he propasado demasiado, lo conozco, y le pido que me perdone!

»—¡Y yo le digo á usted que salga al momento de aquí!

»—¡Hija mía, mi pobre niña!—exclamó Casilda abrazándome con desesperación.—¡Yo separarte

de mí! ¡Yo abandonarte!... ¡Jamás! Si me despiden, me echaré como un perro en el umbral de la casa, y de ahí no me separaré.

»Mi padre tiró del cordón de la campanilla, y la nodriza, adivinando lo que iba á hacer, se dejó caer á sus pies y abrazó sus rodillas.

»—¡Ah, señor, perdón, perdón!—exclamó.—Soy una insolente, ya lo sé; me he propasado; merezco que usted me arroje á la calle. Pero, por el amor de Dios, ¡no lo haga usted!; ¡no lo haga, y yo ofreceré ser más prudente en adelante! ¿Qué será de mi niña sin mí, ó más bien—añadió corrigiéndose,—qué será de mí sin mi niña?...

»En tanto que la pobre mujer sollozaba de esta suerte, había acudido al llamamiento de mi padre su ayuda de cámara; volvióse á él su amo, y le dijo lacónicamente:

»—¡Echa de aquí á esta mujer!

»—¡Señor, por el amor de Dios!—exclamó Casilda puestas las manos en actitud suplicante;—¡piedad para mí! ¿Adónde he de ir, vieja ya como soy? Mi marido ha muerto; mis hijas se han casado. ¿Qué haré? ¿Dónde iré?

»—¡Echa de aquí á esa mujer!—repitió mi padre con frialdad.

»El doméstico, conociendo el carácter fiero de su amo, obedeció; cogió por un brazo á la pobre mujer, que se resistía desesperadamente asiéndose á mí, y de un empujón la hizo salir del aposento.

»—Pues bien, señor—prosiguió Casilda, amedrentada,—venía á decir á usted que esta pobrecita niña no tiene ropa.

»—¿Y á mí qué me dice usted de eso?

»—¡Ay, Dios! ¿Pues á quién lo debo decir?

»—Á mi administrador que le dé á usted para hacerla un vestido: uno solo, ¿estamos?

»—Pero, señor, ¡uno solo es muy poco!

»—Pues no doy para más; para este monstruo basta con eso.

»—¡Pero, señor!...

»—¡Ea, basta! ¡Salga usted de aquí! No puedo soportar por más tiempo su charla insufrible.

»—¡Pero, señor, esta niña es de usted como los otros!—gritó Casilda, que había llegado al último grado de la exasperación.—¡Es una inhumanidad el dejarla en semejante abandono, sólo porque no es hermosa como los otros!

»—¡Salga usted al instante de mi casa!—exclamó mi padre;— al instante!

»—¡Santo Dios! ¿Será posible que usted me despida, señor?—dijo Casilda.

»—Es muy posible, puesto que la despido á usted.

»—¡Perdón, señor; me he propasado demasiado, lo conozco, y le pido que me perdone!

»—¡Y yo le digo á usted que salga al momento de aquí!

»—¡Hija mía, mi pobre niña!—exclamó Casilda abrazándome con desesperación.—¡Yo separarte

de mí! ¡Yo abandonarte!... ¡Jamás! Si me despiden, me echaré como un perro en el umbral de la casa, y de ahí no me separaré.

»Mi padre tiró del cordón de la campanilla, y la nodriza, adivinando lo que iba á hacer, se dejó caer á sus pies y abrazó sus rodillas.

»—¡Ah, señor, perdón, perdón!—exclamó.— Soy una insolente, ya lo sé; me he propasado; merezco que usted me arroje á la calle. Pero, por el amor de Dios, ¡no lo haga usted!; ¡no lo haga, y yo ofreceré ser más prudente en adelante! ¿Qué será de mi niña sin mí, ó más bien—añadió corrigiéndose,—qué será de mí sin mi niña?...

»En tanto que la pobre mujer sollozaba de esta suerte, había acudido al llamamiento de mi padre su ayuda de cámara; volvióse á él su amo, y le dijo lacónicamente:

»—¡Echa de aquí á esta mujer!

»—¡Señor, por el amor de Dios!—exclamó Casilda puestas las manos en actitud suplicante;— ¡piedad para mí! ¿Adónde he de ir, vieja ya como soy? Mi marido ha muerto; mis hijas se han casado. ¿Qué haré? ¿Dónde iré?

»—¡Echa de aquí á esa mujer!—repitió mi padre con frialdad.

»El doméstico, conociendo el carácter fiero de su amo, obedeció; cogió por un brazo á la pobre mujer, que se resistía desesperadamente asiéndose á mí, y de un empujón la hizo salir del aposento.

»Desde donde yo estaba enclavada por el asombro y el terror, oía sus gritos penetrantes, sus dolorosos lamentos; luego se perdieron en la distancia, y nada se volvió á escuchar.

»—Llévate á esa niña—dijo mi padre á su ayuda de cámara cuando aquél volvió á entrar.

»—¿Y á quién se la entrego, señor?—preguntó aquél.

»—¿Qué sé yo? Á las criadas. ¡Salid y dejadme en paz!

»Salimos, en efecto; yo no pensé, ni por un instante, en oponer la más leve resistencia; al contrario, temblaba ante la mirada ardiente de mi padre, que expresaba el odio y el hastío, y anhelaba salir de su presencia, en la cual temblaba de pavor.

»—¡Ahí va ese muñeco!—dijo brutalmente el criado al entrar en la antesala, y empujándome con toda su fuerza hacia la cocinera y el ama de llaves, que se habían salido allí para charlar con los criados.

»—¿Y para qué queremos esto?—preguntó una de ellas.

»—¡Toma!... ¿Qué sé yo? El amo os lo envía.

»—¿El amo?

»—Sí; el amo dice que os la entregue á vosotras.

»—Pues eso no es incumbencia mía—dijo la cocinera.

»—Y mía menos—añadió el ama de llaves

»—Menos no será—dijo agriamente la cocinera;—en caso le tocará á usted lo mismo que á mí.

»—No hemos de regañar por tal cosa—repuso la otra;—me basta con que no me ataña para nada este pequeño monstruo.

»—Pero al menos hay que poner una cama á esta criatura en vuestro cuarto—dijo el ayuda de cámara compadecido.

»—¿En nuestro cuarto?—exclamaron las dos criadas á un tiempo.—No por cierto; que duerma en el que ha dormido siempre.

»—Pero si el señor me ha mandado poner á la nodriza en la calle.

»—Pues que duerma sola.

»Esta opinión fué la que más prevaleció, sin duda porque era la más cruel; me acosté, pues, sola en una inmensa y húmeda sala, la peor de la casa, y que antes había ocupado con mi pobre y cariñosa Casilda.

»Mi padre, agobiado más cada día con el pesar que le causó la muerte de su esposa, quiso dejar á Cuba. Vivíamos en una ciudad del interior, donde él había duplicado en pocos años sus capitales; pero siéndole imposible habitar por más tiempo en aquellos sitios, donde la soledad de su corazón le abrumaba, resolvió venirse á España, y á Madrid.

»No sé cuáles fueron los preparativos de viaje, porque á mí me tenían siempre confinada en la sala oscura, según la llamaban todos en casa; mi

padre no quería verme á ninguna hora, ni aun que se me nombrase delante de él.

»Algunas veces oía yo desde mi pobre cuarto los gritos alegres y los juegos de mis hermanos. Laura cantaba todos los días al piano algunas canciones francesas, y yo me recreaba mucho oyéndola durante algún rato, y después acababa por derramar lágrimas de pena y de envidia.

»Yo también hubiera deseado tener habilidades, y ya empezaba á brotar en mí el deseo de hacerme agradable por alguna cosa; sí, porque la tendencia natural de nuestro sexo es agradar, y agradar es lo que más deseamos, aun cuando estemos en los días de la infancia.

»Otras veces veía yo correr, desde la ventanilla de mi cuarto, situado en el tercer piso, á Laura y Humberto por el jardín. Ambos eran hermosos, pero á mi hermana se la podía llamar una maravilla; era alta y esbelta; la hermosa madeja de sus cabellos castaños caía sobre su espalda con una gracia infinita; su tez era blanca y rosada; sus ojos, negros; su boca, hermosa y pequeña; no tenía ninguna imperfección.

»Vestía siempre de blanco, á no ser en la estación de más frío, que llevaba trajes de seda, ricos y flexibles; en todo tiempo rodeaban su cuello y sus manos ricos y vaporosos encajes. Laura tenía para su solo servicio una camarera francesa, y una crecida suma para los gastos de su tocador.

»El lujo, la ostentación, la belleza de mi herma-

na y su felicidad, me mortificaban más que las mismas ventajas en Humberto; ¿por qué?; no lo sé yo misma, pero me sucedía así; una envidia amarga se despertó en mi alma, y hubo noches en que, soñando que Laura había muerto, me desperté llena de alegría.

»¡Oh, cuánto debía llorar mi madre en el cielo al ver la desventura de su hija!

»Un día de otoño vino el ama de llaves á mi cuarto, me envolvió en un pañolón suyo, el más viejo que tenía, y me llevó á un coche donde ya estaban otras dos criadas; el carruaje partió y llegamos al muelle.

»Una hora después nos dábamos á la vela para España.

»Yo sufrí mucho durante la travesía; todo el tiempo que duró, la pasé acostada en un camarote, casi sin comer, y volviendo al instante lo poco que tomaba. Cuando llegamos á Cádiz, estaba tan extenuada, que causaba pena á todos los que me miraban.

»Mi padre fué el primero que tomó el correo para Madrid, á fin de buscar casa y plantear sus oficinas de banquero.

»Instalóse desde luego en la calle de Alcalá, y poco después nos escribió mandándonos venir á reunirnos con él.

»Durante los días que permanecemos en Cádiz, vi más á mis hermanos de lo que nunca los había visto; podía yo salir de mi prisión alguna vez,

ó por mejor decir, allí no tenía prisión; ellos entraban también en el cuarto de las sirvientas, que era donde yo dormía, y si bien hacían alarde conmigo de una gran superioridad, al menos les veía y hablaba con ellos.

»En estas entrevistas les oía exclamar por lo menos tres veces al día:

»—¡Pobre Melania!; ¡qué fea es!

»Y no creas, amiga mía, que estas palabras, aunque tan repetidas, dejaron una sola vez de hacerme sufrir.

»Por desgracia, había sido dotada por el cielo de una extrema sensibilidad y, además, de un carácter altivo y orgulloso; las injuriosas muestras de la compasión de mis hermanos me hacían llorar siempre y á cada instante.

»Entonces ellos se burlaban de mis lágrimas, y me llamaban *señorita delicada y presumida*; luego se marchaban riéndose á carcajadas.

»Llegué por fin á aborrecerlos. Sólo tenía yo diez años, doce Laura y catorce Humberto; pero ellos, ya por su físico desarrollado, y ya también por su educación y su trato con las gentes, tenían de todo ideas más exactas, y habían adelantado mucho más que yo en el camino de la vida.

»Cuando llegamos á Madrid, mis hermanos tenían ya preparadas dos bonitas habitaciones; á mí me alojaron en la pequeña y modesta habitación en que tú me conociste, y la cual no he abandonado hasta que vine aquí.

»Aquel aposento, comparado con los que yo había ocupado hasta entonces, era casi suntuoso y estaba amueblado con magnificencia.

»Era una salita cuadrada con una alcoba y gabinete dentro.

»Mi lecho no era tan malo como los que había tenido durante mi desgraciada infancia: se reducía á un catre de tijeña con ropas gruesas, pero limpias, sobre dos colchones delgados.

»Algunas sillas de bajo precio, una mesita con un tocador encima y una papelera antigua, que yo estimaba en mucho porque había pertenecido á mi madre, componían el mueblaje de mi habitación, que caía sobre aquel oscuro y angosto callejón, que tú conoces muy bien por haber pasado por él muchas veces por el gusto de verme, según me has dicho.

»Allí, aislada de todos y reclusa en mis pensamientos, me hallé yo feliz durante algún tiempo; pero, ¡ay!, que la ociosidad arrebatara del alma todos los pensamientos agradables. Yo no sabía hacer nada más que leer y escribir, para lo cual había tenido un maestro, y coser algo, merced á algunas lecciones que me había dado el ama de llaves, mujer brusca, pero buena y compasiva en el fondo, y que se lastimaba de mi suerte.

»Yo no tenía medios de emplear mis escasos conocimientos: no tenía telas, ni libros, ni papel, ni á quien escribir siquiera; todo el día permanecía en la más completa inacción y en la más gran-

de inmovilidad; estaba siempre sola, y durante muchas horas he permanecido sentada ó recostada en mi lecho, durmiendo parte del tiempo, y otra parte con los ojos cerrados, pero despierta mi alma y sumergida en una profunda desesperación.»

VI

«Un día llegaron hasta mí voces extrañas; el aposento que ocupaban el ama de llaves y la doncella de mi hermana estaba cercano al mío, y allí hablaban del próximo casamiento de mi padre.

»—¡Vaya una ocurrencia ahora!—decía el ama de gobierno:—¡casarse á su edad!

»—¡Darnos ahora quien nos mande!

»—Si yo hubiera podido sospechar esto, no le hubiera sufrido tantos años.

»—Ni yo.

»—La señorita Laura está furiosa, y con sobrada razón: á los catorce años darla una madrastra, es cosa poco divertida.

»—¿Y el señorito qué dice?

»—¿Qué dice? ¡Que se irá á viajar!

»—¡Buena va á ir la cosa!

»Las dos mujeres se alejaron, y se perdió en la distancia el eco de sus voces. En la absoluta soledad en que vivía yo, casi me alegró aquella nueva: cualquier mudanza me parecía preferible á aquella vida silenciosa como un sepulcro y abandonada de todos.

»Sumergida estaba en estas reflexiones, cuando

se abrió la puerta con violencia y entró mi hermana en mi aposento.

»Parecía poseída de una gran cólera; pero su magnífica belleza estaba más deslumbrante con el carmín que teñía sus mejillas que lo que jamás la había visto yo.

»Traía las mejillas encarnadas y los ojos brillantes de ira; su pequeña nariz, dilatada por la cólera, respiraba con fuerza el aliento que no podía salir de entre sus dientes, apretados por una especie de paroxismo nervioso.

»Acercóse á mí con violencia, y levantó sobre mi cabeza su puño crispado.

»Yo bajé la mía llena de terror, y retrocedí dos pasos casi maquinalmente. Temblaba sin saber por qué, ó más bien temblaba ante aquella cólera, que no sabía ni lo que quería de mí, ni por qué me castigaba.

»El brazo amenazador de Laura no cayó, sin embargo, sobre mí. Al ver mi exigua figura, triste, amarillenta, miserable, su enojo se apagó instantáneamente; sus brazos cayeron á lo largo de su cuerpo; contemplóme durante algunos instantes con extrañeza, y luego se pintó en sus ojos una conmiseración profunda.

»—¡Pobre Melania!—murmuró;— ¡pobre hermana mía!

»Yo no respondí nada, y seguía mirándola; bien pronto vi correr dos lágrimas por sus mejillas.

»Ella tomó una silla, se sentó á mi lado, y tomándome una mano, exclamó:

»—He entrado aquí rabiosa contra ti—me dijo;— nuestro padre va á casarse, ¿lo oyes?; va á traernos á casa madrastra, es decir, una mujer que nos mande, que nos mortifique, que nos haga sufrir, que nos castigue si le da la gana.

»Yo me encogí de hombros melancólicamente.

»—Por lo que hace á ti, muy indiferente debe serte todo esto, ya lo sé—continuó mi hermana;— tu suerte no puede empeorar por nada de este mundo; pero la mía..., ¡oh!, la mía puede empeorar mucho. Por eso, al saber que nuestro querido padre se casaba, te eché á tí, pobre Melania, toda la culpa de esta desgracia.

»—¿Á mí?—pregunté yo asombrada.

»—Sí, á ti; ¿no has sido tú la que diste muerte á nuestra madre?

»—¡Yo!...—exclamé horrorizada ante esta terrible acusación.

»—¡Tú, sí! Papá, Humberto, nuestros criados antiguos, todos lo dicen.

»—Pero, ¿cómo?; ¿cuándo? Yo no he visto jamás á nuestra madre.

»—¡Yo lo creo; como que la mataste cuando naciste!

»—No te comprendo.

»—Quiero decir que mamá murió cuando naciste tú; y como por la muerte de mamá nos traen ahora á casa á una extraña, que nos hará sufrir y

coartará nuestros gustos y caprichos, Humberto y yo estábamos furiosos contra ti.

»—¿Qué culpa tengo yo de la muerte de nuestra madre?—exclamé sollozando.—¡Yo no deseaba nacer!

»Esta respuesta que mi indignación dolorosa me hizo formular, enterneció mucho á mi hermana, porque volvieron á desprenderse lágrimas de sus ojos.

»—¡Ya lo sé, pobrecita!—dijo abrazándome.—Sí, ya sé que tú no tienes la culpa, y que, antes bien, eres tú la que más sufres á consecuencia de esa desgracia. ¡Dios mío, aquí sola, abandonada y pobre; con ese vestido tan roto; en este cuarto miserable! Y todo, ¿por qué? ¡Porque eres fea y no tienes madre!

»Laura lloró algún rato, y luego, enjugando sus hermosos ojos negros, continuó:

»—Vamos, yo quiero hacer algo para distraerte...; te daré lo que más te guste de lo que haya en mi habitación. Ven conmigo.

»Asíome, dicho esto, de la mano con suma amabilidad, y haciéndome salir del aposento con ella, atravesamos muchas habitaciones lujosamente amuebladas.

»Nada, absolutamente nada de aquello conocía yo: había entrado desde el carruaje á mi pobre, obscuro y triste cuarto; así, aquella suntuosidad deslumbró mis ojos, causándome un vértigo y una confusión inexplicables.

»Á través de aquel velo columbraba soberbios tapices, alfombras de Persia, sillones dorados, grandes espejos de Venecia y cuanto de bello y magnífico hay en el lujo; por todas partes cuadros soberbios, porcelanas, copas de plata, mesas de mármol, y al fin de aquel laberinto encantado, la habitación de Laura.

»Era una salita cuadrada, encantadora, en cuyo testero principal se abría un arco, prodigio de arte y de elegancia, y se veía un lecho cubierto de blanco y cerrado con cortinas de muselina bordada, guarnecidas de bellotitas azules de seda.

»Á los pies del lecho se abrían las dos hojas de cristales de una puerta, y dejaban ver un gabinete octógono bellissimo, y que hubiera podido tomarse por el templo de la adolescencia.

»Yo no puedo aún explicarme hoy lo que pasó ante mis ojos deslumbrados: un piano, obra maestra del arte; estatuas de pórfido, juguetes preciosísimos de loza y de plata; en medio del gabinete había un soberbio jarrón de la China, lleno de tierra oscura, que contenía un hermosísimo injerto de camelias blancas y rosadas.»

—¡Ah!—exclamé yo interrumpiendo á la narradora con una exclamación involuntaria;—sería igual al que hay en la ventana de allá dentro, ¿no es verdad?

Melania se sonrió con tristeza; me hizo una señal afectuosa, pero no me respondió, y continuó de esta manera:

«—Mi hermana miraba en su derredor, como si buscara con ansia alguna cosa; acercóse á las mesas, á las rinconeras, y fué tomando los objetos más preciosos, que luego volvía á dejar con una expresión muy marcada de disgusto y malhumor; evidentemente buscaba alguna cosa buena que no hallaba allí, ó á lo menos la deseaba mejor que todo lo que allí había.

»—Mira—me dijo por fin tomándome la mano,—yo quería darte algunas cosas buenas..., lo mejor que tuviere, ya que durante tanto tiempo has estado privada de todo, mi pobre Melania; pero nada de esto me parece bastante rico y hermoso para ti, querida hermana; vale más que tú escojas, si te gusta alguna cosa de éstas...

»Yo era una niña de doce años; pero mi inteligencia, quizá á causa de la soledad en que siempre vivía, ó ya también por esa precoz madurez que se atribuye á los pobres seres señalados por la deformidad corporal, mi inteligencia, digo, estaba más desarrollada que la de una joven de veinte.

»La compasión de mi hermana me pareció humillante: aquel modo de querer compensar la desgracia de toda mi vida, me pareció ofensivo; no me brindaba su amistad ó su afecto, no; no me prometía para en adelante su compañía, sus consejos; me daba, ó buscaba para darme el objeto más rico y que más dinero podía valer de todo cuanto la rodeaba.

»Y, sin embargo, al dejar cada objeto que pensaba darme, notaba yo en su semblante la expresión de la contrariedad; sin duda le daba lástima el desprenderse de ninguno de aquellos hermosos objetos en favor mío.

»Entretanto que ella pasaba revista á todas aquellas cosas, yo permanecía inmóvil ante la maceta de la China.

»Jamás había yo visto camelias, ni tenía la más leve idea de esta hermosa flor. Á la primera ojeada me parecieron de cera sus hojas verdes y sus flores rosadas y blancas; no creía que la Naturaleza pudiera producir aquellas maravillas, y me confirmó en esta persuasión el ver que eran completamente inodoras; en una palabra, las creí artificiales.

»Laura advirtió mi extrema admiración y corrió hacia mí; un rayo de alegría brilló en sus ojos; había descubierto, sin duda, el medio mejor de salir de aquella situación tan apurada para ella.

»—¿Te gusta esa maceta?—me preguntó;—pues bien, te la regalo; ella te divertirá en la soledad de tu cuarto.

»—¿Pero te vas tú á quedar sin ella?—le pregunté asombrada.

»—Sí por cierto... Me gusta..., me parece muy hermosa...; pero el cuidarla me molestaría demasiado. Me la ha regalado la Marquesa de B..., que me la envió esta mañana con un criado suyo..., la que dicen que se casa con nuestro padre.

»—Qué, ¿es una Marquesa?

»—Sí; y esas flores, tanto por venir de ella, cuanto porque dan trabajo para cuidarlas, como antes te dije, no me son gratas de modo alguno. Te las regalo á ti que, como más desocupada, las regarás todos los días.

»Dicho esto, tiró del cordón de seda azul de la campanilla, y entró un criado.

»—Lleva esto al cuarto de Melania—le dijo señalando al jarrón.

»El criado tomó la magnífica maceta, y salió con ella.

»—Ahora, ¡adiós, querida mía!—me dijo Laura despidiéndome;—me voy á vestir, porque á las seis vendrá á buscarme la carretela para ir á paseo... ¡Ah, esto de ir á paseo cada día, es fastidioso! Pero, ¿qué remedio? Todas lo hacen, y hay que hacerlo también.

»Laura me volvió la espalda: abrió un soberbio ropero de sándalo, y se puso á mirar una larga fila de riquísimos vestidos, reflexionando el que debería ponerse.

»Yo salí enjugándome las lágrimas.

»El rayo de esperanza que había penetrado en mi alma, había huído, dejando en ella más tristeza y soledad que antes de aparecer.

»Volví á mi cuarto con el corazón partido de dolor, y desde aquel día hasta el en que salí de la casa que habitaba mi padre, ya no ha habido más variantes en mi vida.

»Efectuóse el casamiento con la Marquesa de B..., que ni aun preguntó por mí; pero esta dama, joven y hermosa, se dedicó á ganarse la voluntad, no sólo de mi padre, sino también de mis hermanos.

»Laura tuvo en lo sucesivo más lujo, más trajes, más ostentación en todo; nada le negaba la Marquesa, y parecía, al contrario, que adulaba todos sus caprichos.

»Humberto quería viajar, y la Marquesa consiguió para él el permiso que mi padre le negaba; y tanto se interesó por ellos, que aquella parte de público que no nos trataba ó no nos conocía con intimidad, llegó á creerla madre de mis hermanos, que había estado ausente por alguna razón de intereses ó de familia.

»Dos años más pasaron: yo había quedado casi baldada de la falta absoluta de ejercicio; se embotó mi inteligencia, de suerte que había en mi alguna cosa de idiotismo, y casi olvidé completamente el hablar.

»Servíanme en mi cuarto dos ó tres platos de los que á los criados les parecían ó les gustaban menos, y yo estaba reducida á comer los manjares que ellos querían darme.

»Un día, al darme el almuerzo, no vino la cocinera, según acostumbraba, sino la anciana ama de llaves; la cocinera puso dos cubiertos, y la buena mujer comió conmigo.

»—Esta mesa está sucia, abandonada—dijo con

enojo;—la señorita come con cubierto de estaño: ¿cómo es esto?

»—Yo no sé—respondió la muchacha;—hace, como usted sabe bien, sólo cuatro días que estoy aquí, y éstos son los únicos que me han entregado.

»Eustaquia, que así se llamaba la anciana, fué al comedor, lo registró, é hizo también registrar la cocina, pero nada pareció; la criada que había salido había robado los tres cubiertos que había para mi servicio, y nadie se había apercibido de ello.

»Eustaquia, que en el fondo era buena mujer, aunque algo regañona, se incomodó mucho, y se acusó á sí misma de poco cuidado, de poca caridad y de mal corazón.

»—¡Yo, yo tengo la culpa de esto!—dijo;—¡yo, que no me cuido de nada! Pero en adelante será otra cosa.

»En efecto, desde el día siguiente empezó á hacerme algunos ratos de compañía; cuidó de que se limpiase bien mi cuarto, y almorzaba y comía conmigo.

»El arreglo y método en las comidas y en los alimentos—pues antes se pasaban algunas veces muchas horas sin que nadie pensase en mí—alcanzaron un cambio muy favorable en mi salud; perdí algo de mi palidez y demacración, y el cuerpo se mejoró á beneficio de un método más saludable.

»—Es preciso que usted haga un poco de ejercicio, señorita—me dijo un día Eustaquia;—sal-dremos cada tarde un rato.

»—No tengo otro vestido que éste que llevo, y está muy roto—respondí yo.

»—¡Cómo! ¡Será posible! Pero yo se lo diré á la señora Marquesa, que sin duda no sabe lo que está sucediendo.

»En efecto, la anciana debió hablar de esto á mi madrastra, porque al día siguiente entró triunfante con dos trajes completos.

»Era el uno de seda, y el otro de una tela más modesta; traía también una manteleta y una mantilla de bastante precio.

»Desde el día siguiente salimos al campo por las tardes. Yo me sentía renacer; el aspecto de las flores, del sol, de la luna, el ambiente puro, el aire libre, obraban en mí una reacción saludable: me creía menos desgraciada, y el cansancio de las tardes traía á mis párpados el sueño bienhechor que hacía largo tiempo había huído de ellos.

»Á la buena Eustaquia debía yo, sin duda, el no morir de tristeza, ó el no volverme loca.

»Algunas veces, cuando me veía triste, me preguntaba:

»—Y bien, señorita, ¿no le gustan á usted sus camelias?

»—Sí—respondía yo con frialdad, porque aquellas flores no me recreaban el ánimo con su belleza inodora.

»—¿Pues cómo no las mira usted nunca?

»—¡Qué sé yo! ¡Como no huelen! Las riego porque no se muéran, y nada más.

»En efecto, la camelia ha sido destinada por la Naturaleza para brillar en los festines, y no para consolar á los que padecen; su belleza fría y soberbia se hermana mejor con la alegría que con los dolores; y aquella ostentosa planta me parecía que se mofaba de mis pesares y de mi deformidad.

»Casi habían pasado siete meses desde el matrimonio de mi padre, cuando un día á las tres de la tarde entró mi madrastra para hacerme la visita oficial.

»Al verla me sorprendí profundamente; aunque viuda, al casarse con mi padre se hallaba en toda la flor de su juventud y de su belleza.

»Era alta y de tez algo trigueña, con hermosos cabellos negros y ojos del mismo color, llenos de fuego y de dulzura al mismo tiempo.

»Todas sus facciones eran perfectas, y, sin embargo, aquella belleza no hablaba nada al alma, y en su estrecha frente había algo que acusaba la poca extensión y nobleza de su inteligencia.

»Llevaba un traje negro de seda con volantes de encaje, cuello y mangas de blonda blanca y fina, y traía puestos guantes, del mismo modo que si hubiera ido á hacer una visita de gran ceremonia.

»Se llamaba Amelia, y su doctrina era que nunca debe suprimirse lo que se *debe* hacer.

»—Señorita—me dijo con un tono grave y ceremonioso,—hubiera querido venir á ver á usted antes, pero no me ha sido posible; las visitas de boda, los regalos, los convites, me han ocupado; però al fin he tenido un momento libre y he venido. Ahora sólo me resta decir á usted que acuda á mí para todo lo que necesite, pues tendré mucho gusto en complacerla; entretanto, acépte usted como memoria esta cruz de brillantes, y... ¡adiós!... Sé que le gusta la vida retirada, y no seré yo quien la violente para que cambie sus hábitos y sus costumbres.

»Dicho esto de una vez y sin respirar, salió la bella Amelia, dejándome estupefacta y con la cruz de brillantes entre los dedos.

»¿Para qué quería yo aquello? Era, en verdad, una hermosísima alhaja; pero á mí de nada podía servirme, ni en mi vida me la había de poner.

»—¡Soberbia joya!—dijo Eustaquia mirándola con ojos de codicia.

»—Tómela usted—la dije alargándola el estuche, que aún tenía abierto.

»—¿Dónde la guardo, señorita?

»—Donde usted quiera: es para usted.

»—¿Cómo? ¿Qué escucho?—exclamó atónita la anciana.

»—Digo que es para usted.

»—¿Que me la regala usted, señorita?

»—Sí por cierto.

»—¿Se priva usted de esta joya tan riquísima?